

El objeto arqueológico en la tradición cultural e intelectual del Japón premoderno

Rafael Abad de los SantosProfesor Contratado Doctor de la Universidad de Sevilla  

Universidad de Sevilla

<https://dx.doi.org/10.5209/ECAO.100157>

Recibido: 01/09/2022 • Evaluado: 18/10/2022 • Aceptado: 05/03/2023

Resumen: Este artículo tiene como objetivo analizar las interpretaciones planteadas por los habitantes de Japón sobre los artefactos y yacimientos prehistóricos descubiertos en el archipiélago entre la Antigüedad y el período Edo. En concreto, se analizan las reacciones epistémicas frente a los *dōtaku* (objetos campaniformes) de la cultura Yayoi, así como los concheros y los útiles líticos de la cultura Jōmon. El análisis directo de las fuentes primarias permite observar cómo la distancia cronológica y tecnológica entre el mundo prehistórico y el Japón premoderno, en sus diferentes etapas, condicionó de manera determinante las respuestas dadas ante estos hallazgos, alumbrando una heterogénea y dispar reacción, que refleja asimismo las diferentes corrientes intelectuales y religiosas antes de que el país abrazase el conocimiento occidental a partir de la Restauración Meiji en 1868.

Palabras clave: historia de la arqueología; pensamiento japonés premoderno; cultura Yayoi; cultura Jōmon; mito del gigante; anticuarismo.

ENG The archaeological object in the cultural and intellectual tradition of premodern Japan

Abstract: This article aims to analyze the interpretations raised by the inhabitants of Japan regarding artifacts and prehistoric sites discovered in the archipelago between Antiquity and the Edo period. Specifically, the responses to the *dōtaku* (bell-shaped objects) of the Yayoi culture, as well as the shell middens and stone tools of the Jōmon culture, are analyzed. The direct analysis of the primary sources allows observing how the chronological and technological distance between the prehistoric world and premodern Japan, in its different stages, decisively conditioned the answers given before these findings, giving rise to a heterogeneous and disparate reaction. This also reflects the different intellectual and religious currents prior to the country embracing western knowledge, beginning with the Meiji Restoration in 1868.

Keywords: history of archaeology; premodern Japanese thought; Yayoi culture; Jōmon culture; myth of the giant; antiquarianism.

Sumario: 1. Introducción. 2. Augurios bajo el suelo: los *dōtaku* de la cultura Yayoi. 3. Los gigantes y los concheros de la cultura Jōmon. 4. Flechas caídas del cielo: los útiles líticos de la cultura Jōmon. Conclusión. Bibliografía.

Cómo citar: Abad de los Santos, R. (2025). "El objeto arqueológico en la tradición cultural e intelectual del Japón premoderno". *Estudios Complutenses de Asia Oriental* 1(1), e100157. <https://dx.doi.org/10.5209/ECAO.100157>

1. Introducción

Como señaló Bruce Trigger (1937-2006) en su célebre obra *A History of Archaeological Thought*, todas las sociedades humanas parecen haber sentido cierto grado de curiosidad hacia el pasado¹. Durante milenios, explicaciones de carácter mítico transmitidas oralmente sirvieron para saciar el interés, la curiosidad

¹ Trigger 1990, 36.

o la inquietud hacia el origen del mundo. Y, más tarde, con el nacimiento de las primeras civilizaciones y la escritura, no sólo se plantearon narraciones más elaboradas sobre la génesis de la especie humana, sino que también comenzó a registrarse el descubrimiento de todo tipo de vestigios y ruinas pertenecientes a culturas anteriores en el tiempo, cuyo significado y función resultaban un enigma para sus descubridores.

En este sentido, Japón no constituye ninguna excepción. Por ejemplo, en la región de Shinshū (prefectura de Nagano), todavía hoy la gente del lugar utiliza la expresión “excrementos de las estrellas” (*hoshikuso*) para referirse popularmente a los fragmentos de obsidiana que aparecen dispersos por los campos de cultivo. Y el desfiladero que separa las montañas de Mushikura y Takamatsu, en el límite de los pueblos de Wada y Nagato, recibe el nombre de *Hoshikuso tōge*, o “puerto de montaña de los excrementos de las estrellas”. En realidad, estas expresiones no son sino el vivo reflejo de una época en la que se creía que los pedazos y esquirlas de un material desconocido, que aparecían brillando en el suelo después de un día de intensas lluvias, eran el resultado del impacto de rayos sobre el terreno².

De este modo, antes del nacimiento de la arqueología como disciplina moderna en el siglo XIX y de la difusión del conocimiento científico, el hallazgo de materiales y objetos que no mostraban paralelos dentro de la vida cotidiana de los japoneses de época histórica fue puesto en relación con la acción de fenómenos meteorológicos y, más allá, divinidades y seres sobrenaturales. En la actualidad, sin embargo, sabemos que los restos de obsidiana –originalmente un tipo de roca volcánica– descubiertos en Nagano se corresponden con lascas y productos de desecho, nacidos a partir de la elaboración de útiles líticos, como cuchillos, puntas de flecha y puntas de lanza, por las poblaciones prehistóricas del archipiélago. De facto, el grupo de yacimientos de Takayama en Nagano es conocido por ser una de las zonas de extracción de obsidiana más activas del período Jōmon hace miles de años, junto a Shirataki en Hokkaidō o Koshidake en Kyūshū³.

A lo largo de estas líneas se analizará cómo los habitantes de Japón desde la Antigüedad hasta el período Edo interpretaron artefactos, estructuras y yacimientos –unificados aquí bajo el término “objeto arqueológico”– pertenecientes a las diferentes culturas prehistóricas que nacieron y evolucionaron en el archipiélago. El análisis de las fuentes primarias permitirá observar cómo la distancia cronológica y tecnológica entre el mundo prehistórico y el Japón premoderno condiciona de manera determinante las respuestas dadas ante estos hallazgos, alumbrando una heterogénea y dispar reacción entre los habitantes de las islas. Estas respuestas, asimismo, reflejan las diferentes corrientes intelectuales y religiosas antes de que el país abrazase el conocimiento occidental a partir de la Restauración Meiji en 1868.

2. Augurios bajo el suelo: los *dōtaku* de la cultura Yayoi

Probablemente la mención más antigua del descubrimiento de un artefacto arqueológico en Japón se halla en una noticia recogida en el *Fusō ryakuki* (también *Fusō ki* o *Fusō shū*), la primera historia de Japón compilada según el formato de anales por el monje budista Kōen en el siglo XII⁴. Compuesta originalmente por 30 volúmenes redactados en chino clásico, en la actualidad sólo se conservan íntegros los comprendidos entre el segundo y el sexto, y los comprendidos entre el vigésimo y el trigésimo. A diferencia de los textos oficiales que componen el llamado género de las “seis historias nacionales”, o *rikkokushi*, Kōen empleó un gran número de fuentes privadas que no han llegado hasta nuestros días, como biografías de monjes, registros budistas e historias fundacionales de templos, y por ello la obra posee un valor trascendental dentro de la historiografía clásica.

Según la información recogida en el quinto volumen del *Fusō ryakuki*, a principios del séptimo año del reinado del emperador Tenchi (626-672), es decir, en el año 668, durante los trabajos de nivelación del terreno para construir un templo en el condado de Shiga (actual prefectura de Shiga), se halló una “extraña campana” (*kiinaru hōtaku*). Una traducción directa del texto original dice así:

El decimoséptimo día del primer mes del séptimo año de la era del dragón de tierra se levantó el templo de Sōfuku en el condado de Shiga de la provincia de Oumi. Cuando se empezó a nivelar el suelo, se encontró una extraña campana de cinco *shaku* y cinco *sun* de altura⁵. Y también se halló una extraña y preciosa piedra blanca de cinco *sun* de longitud, que, por la noche, irradió rayos de luz. El emperador [Tenchi] se seccionó el dedo angular de la mano izquierda, depositándolo en el interior de un mortero a los pies de una linterna de piedra, y como muestra de agradecimiento, ofrendó una luz a Maitreya y los budas de las diez direcciones sosteniéndola entre las palmas de sus manos⁶. (t. del a.)

El templo de Sōfuku fue abandonado en algún momento posterior y durante siglos su ubicación exacta se convirtió en un enigma, pero en las décadas de 1920 y 1930 varias excavaciones realizadas cerca de un pueblo llamado Shigasato-no-mise expusieron los restos del pabellón principal y la pagoda de un recinto budista, así como numerosos artículos relacionados con el relicario de esta religión⁷. Ello confirmó la ubicación original del templo, revelando la verosimilitud de la noticia contenida en el *Fusō ryakuki*. Por otra parte,

² Teshigawara 1995, 11.

³ Kokuyōseki taiken myūjiamu, 2018.

⁴ Fusō ryakuki o yomu kai ed., 2021.

⁵ Entre 100 y 120 cm. En el sistema métrico japonés actual, o *shakkan-hō*, un *shaku* mide 30,3 cm., pero originalmente en China, de donde procede, esta unidad equivalía a unos 23 cm. Posteriormente, durante las dinastías Sui y Tang (ss. VI-X), su tamaño creció hasta alcanzar los 29 cm. El *sun* se corresponde con una décima parte de un *shaku*.

⁶ 七年戊辰正月十七日。於近江國志賀郡。建崇福寺。始令平地。掘出奇異寶鑄一口。高五尺五寸。又掘出奇好白石。長五寸。夜放光明。天皇煞左手無名指。納燈爐下唐石臼內。奉為二恩。掌中捧燈。恒供弥勒佛及十方佛焉。(Teshigawara 1995, 2, anexo).

⁷ Teshigawara 1995, 12.

el texto no proporciona más información sobre las características del objeto, aparte de su tamaño, aunque permite esclarecer que el hallazgo de la “campana” fue interpretado como un augurio o signo auspicioso por la elección del emplazamiento.

Algunas décadas después, durante el reinado de la emperatriz Genmei (660-721), un objeto similar fue encontrado en la provincia de Yamato (actual prefectura de Nara). El dato aparece recogido en el sexto volumen del *Shoku Nihongi* (797), la segunda de las crónicas que componen las seis historias nacionales después del *Nihon Shoki*, que narra el hallazgo del siguiente modo:

El séptimo día del séptimo mes del sexto año de la era Wadō [713], Muragimi Azumabito, funcionario de décimo rango de la aldea de Namizaka del condado de Uta en la provincia de Yamato, encontró una campana de bronce en un lugar llamado Nagaokano y la ofreció. La campana mide tres *shaku* de altura y un *shaku* de diámetro. Su construcción es inusual, pero su sonido armoniza con la escala de música. [Muragimi] ordenó a los funcionarios provinciales que la guardasen⁸. (t. del a.)

A pesar de su brevedad, el texto proporciona información fundamental en varios sentidos. En primer lugar, la palabra empleada en el *Shoku Nihongi* para designar al objeto hallado es *dōtaku*, literalmente “campana de bronce”. Este es el mismo término que la arqueología utiliza desde finales del siglo XIX para referirse a los artefactos campaniformes de metal elaborados durante la segunda mitad del período Yayoi. Los modelos originales de los *dōtaku* se encuentran en las pequeñas campanas usadas en China y los reinos de la península de Corea como instrumentos musicales, pero en el archipiélago japonés evolucionaron desde útiles con una función sonora hacia objetos con una finalidad esencialmente visual, adquiriendo grandes dimensiones y cubriéndose su superficie con motivos geométricos y figurativos. Además, el hecho de que hayan sido generalmente descubiertos formando depósitos en colinas y laderas montañosas, lejos de las zonas de hábitat humano, sugiere que, especialmente en su última etapa y hasta su desaparición hacia el siglo II d.C., eran empleados como objetos de carácter ritual⁹.

En segundo lugar, la noticia del *Shoku Nihongi* necesita ser puesta en relación con una ley promulgada pocos años después, durante la era Yōrō (717-724), que establecía que los “objetos antiguos con formas extrañas” halladas en el subsuelo, independientemente de si la propiedad del terreno era pública o privada, debían ser enviados a la administración, quien recompensará adecuadamente al descubridor¹⁰. Ello refleja que el hallazgo del *dōtaku* del Nagaokano no era un hecho aislado, y, de facto, avisos similares quedaron recogidos en las siguientes décadas en obras como el *Shoku Nihon Kōki* (869), el *Sandai Jitsuroku* (901) y el *Nihon Kiryaku* (segunda mitad del siglo XI-siglo XII)¹¹, que pertenecen al género de la cronística oficial.

Existe, por cierto, otra referencia fundamental perteneciente a un género diferente: el rollo pintado de *Ishiyama-dera engi*, que ilustra el descubrimiento de un *dōtaku* durante la construcción del templo de Ishiyama en la provincia de Oumi (actual prefectura de Shiga) a mediados del siglo VIII. Se piensa que el texto del rollo fue originalmente escrito entre los años 1324 y 1326, pero las ilustraciones fueron realizadas por varios pintores en diferentes épocas. En concreto, el tercer párrafo del primer volumen¹², cuyas ilustraciones fueron realizadas por el pintor Takashina Takakane (primera mitad del siglo XIV), narra que, en el séptimo año de la era Tenpyō (749), “se podaron los espinos y se niveló el suelo de arena y piedras” de la zona elegida para construir un templo cerca de la ciudad de Ōtsu, y entonces se descubrió una “campana” (en el original, *hōtaku* o *hōchaku*) de cinco *shaku* de altura. Más allá, el texto relata que el objeto debió pertenecer a un antiguo templo o monasterio budista (*garan*, del sánscrito *sanghārāma*) desconocido hasta entonces.

La narración del rollo pintado de Ishiyama resulta esclarecedora. Por una parte, muestra que los *dōtaku* formaban una categoría de artefactos cuya función original resultaba ya completamente desconocida para los habitantes de Japón entre los siglos VII y X. Por otra que, para explicar su existencia, se les atribuyó un significado de carácter religioso acorde con el contexto sociocultural en el momento del descubrimiento. De esta forma, los *dōtaku* fueron interpretados como antiguas reliquias pertenecientes a recintos budistas de épocas pasadas, que, además, legitimaban o bendecían la construcción de un nuevo templo en el emplazamiento elegido.

Esta interpretación también es visible en las noticias recogidas en el *Sandai Jitsuroku* y el *Nihon Kiryaku*, que, además, atribuyen los *dōtaku* encontrados a Ashoka (en japonés clásico, Aiku-ō), el primer emperador maurya que se convirtió al budismo. El profundo vínculo que se estableció entre el budismo y los *dōtaku* hizo que, a pesar de la legislación imperial, muchos de ellos pasasen a ser guardados por instituciones budistas, como demuestra el listado proporcionado por Ishibashi, en donde se detallan más de cuarenta *dōtaku* conservados en el interior de templos¹³. Ishibashi señala, además, que a partir de la Edad Media los *dōtaku* fueron percibidos como objetos con una fuerza especial capaces de poner en relación el mundo humano y

⁸ 和銅六年七月丁卯。大倭國宇太郡波坂鄉人大初位上村君東人得銅鐸於長岡野地而獻之。高三尺。口徑一尺。其制異常。音協律呂。勅所司藏之。(Teshigawara 1995, 2, anexo).

⁹ Iwanaga 2002, 621-624.

¹⁰ 凡於官地得宿藏物者。皆入得人。於他人私地得。与地主中分之。得古器形製異者。悉送官酬直。(en Ishibashi 2010, 221).

¹¹ Saitō 1974, 5.

¹² 秘法すでに結願の後、本尊をおさめたてまつらむとするに、石の上をはなれ給はず、則天皇に奏して比良の大明神に此地をこひうけたてまつりて、佛閣をたてむがために、荆棘を切掃て、砂石をけづりたいらくるに、五尺の寶鐸をほりいだす。まことに知ぬ。古佛の聖跡伽藍の舊基なりといふこと。(en Umezawa 1958, 28).

¹³ Ishibashi 2010, 221-225.

el más allá, al igual que los *bonshō* o grandes campanas empleadas en los templos budistas, y ello estimuló su conservación por comunidades religiosas¹⁴.

3. Los gigantes y los concheros de la cultura Jōmon

Entre los diferentes yacimientos prehistóricos del archipiélago, los concheros (en japonés *kaizuka*, o “montículo de conchas”) de la cultura Jōmon despertaron el interés y la curiosidad de los habitantes de Japón desde la misma Antigüedad. Ello se debe al hecho de que, a pesar de estar formados principalmente por conchas y restos de especies marinas, resultado de la explotación humana de estos recursos, se ubicaban tierra adentro alejados del litoral¹⁵.

En la actualidad, se sabe que las líneas de costa no constituyen accidentes geográficos estáticos dentro del paisaje, estando sometidas a modificaciones más o menos drásticas a lo largo del tiempo, a las que se denominan regresiones (retrocesos de la línea de mar) y transgresiones (avances de la línea de mar). Ello significa que, en otras palabras, los concheros pueden “aparecer” apartados del litoral, pero que, en su origen, estaban geográficamente próximos a las fuentes de los recursos marinos. Sin embargo, en una época en la que no existían conocimientos modernos de geología, la existencia de los concheros fue percibida necesariamente por los japoneses de época histórica como un misterio inextricable. De esta forma, se recurrió a la acción de entidades sobrehumanas, como gigantes y divinidades, para solucionar la contradicción aparente entre el emplazamiento de los concheros y las características de los restos que lo formaban.

En este sentido, es imprescindible citar en primer lugar el *Hitachi no Kuni Fudoki*. Los *Fudoki* son informes regionales mandados compilar en el año 713 (Wadō 6), durante el reinado de la emperatriz Genmei (661-721), con el objetivo de informar a la corte sobre las características de las provincias desde múltiples puntos de vista: toponomía, topografía, costumbres, productos famosos, mitos y creencias locales, etc. Entre estos informes, es posible leer dentro del *Hitachi no Kuni Fudoki* la primera mención histórica sobre un conchero prehistórico en el apartado dedicado al condado de Naka. El texto en cuestión dice así:

A uno o dos *ri*¹⁶ al este de la estación de Hiratsu se encuentra una colina cuyo nombre es Ōkushi. En la Antigüedad [*jōko*], allí había una persona cuyo cuerpo era tan grande que, estando sobre la colina, extendía sus manos hasta alcanzar las orillas del mar y recogía grandes almejas. Una vez comidas, las conchas de las almejas se fueron acumulando, hasta que se formó una colina. Desde entonces la gente llamó al lugar Ōkujiri [gran acopio o recogida], y ahora se llama la colina de Ōkushi. Las huellas por donde pisó esta persona miden 40 *bu* de largo y 20 *bu* de ancho, y el diámetro de los hoyos en donde orinaba miden 20 *bu*¹⁷. (t. del a.)

En el año 1839 el erudito de la escuela nativista Nishinomiya (Nishino) Nobuaki (1802-1883) identificó algunas hondonadas cerca de las aldeas de Hirado y Mito en el condado de Naka, y supuso que eran los hoyos descritos en el *Hitachi no Kuni Fudoki*¹⁸. Y tras la creación de la Sociedad Antropológica de Tokio en el año 1886, especialistas japoneses como el historiador Yoshida Tōgo (1864-1918) reconocieron la existencia de un conchero en los alrededores de la ciudad de Mito (prefectura de Ibaraki), testimonio irrefutable de que el área había sido ocupada por los primitivos portadores de una cultura de la Edad de Piedra¹⁹. Ya en el siglo XX, el yacimiento, que es conocido en la actualidad con el nombre de Ōgushi, fue excavado en varias ocasiones (1936, 1943, 1950 y 1985). Estas investigaciones revelaron que se formó durante la fase media del período (7.000-5.500 BP) y permitieron conocer la existencia no sólo de restos pertenecientes a moluscos marinos, sino también de especies de agua dulce, confirmando que el conchero se generó en la desembocadura de un río. Más allá, también se descubrieron cerámicas, herramientas de piedra, útiles sobre hueso y asta, así como restos de especies mamíferas como ciervos y jabalíes. Finalmente, en 1991 se inauguró en el lugar un parque presidido por una colossal figura de 15 metros de altura²⁰.

Aunque no es posible vincular la narración con ningún yacimiento específico, en el *Harima no Kuni Fudoki*, compilado en el mismo período, se explica cómo se formaron las ciénagas del condado de Taka de este modo:

En la Antigüedad [*jōko*], había un gigante [*ōhito*] en el condado de Taka. El gigante siempre andaba agachado. Un día, desde los mares del sur se dirigió hacia los mares del norte, y dando vueltas por el este, llegó hasta esta tierra. Entonces, el gigante dijo: “en otros lugares el cielo es bajo y siempre estoy caminando agachado, pero en esta tierra el cielo es alto y puedo andar de pie”. Por ello, este condado recibe el nombre de Taka [alto]. Las pisadas de este gigante se convirtieron en innumerables ciénagas²¹. (t. del a.)

¹⁴ Ishibashi 2010, 227.

¹⁵ Teshigawara 1995, 13.

¹⁶ En el antiguo Japón, un *ri* equivalía a 530 m. aproximadamente.

¹⁷ 平津驛家西一二里有岡、名曰大櫛、上古有人、體極長大、身居丘壘之上、手摺海濱之、蜃大蛤也。其所食貝、積聚成岡、時人取大朽之義、今謂大櫛之岡、其踐跡長冊餘步、廣廿餘步、尿穴徑可廿餘步許。(en Nakaya 1935, 28). Un *bu* equivale a seis *shaku*.

¹⁸ Nishinomiya 1839, 29.

¹⁹ Yoshida 1889, 148-151.

²⁰ Ōtsuka et al. 1995, 113.

²¹ 右此當為上 所以名 託賀者 昔在大人常勾行也 自南海到北海 自東巡行之時 到來此土云 他土卑者 常勾伏而行之 此土高者 申而行之 高哉 故曰 託賀郡 此云 高也 申伸也 其踐跡處 數數成沼。(en Nakaya 1935, 28).

La provincia de Harima se corresponde en la actualidad con la mitad occidental de la prefectura de Hyōgo, en la parte oeste de la región de Kansai. Por ello, parece que la figura del gigante como recurso para explicar características topográficas y anomalías en el paisaje ya era conocida en muchas regiones del archipiélago japonés durante la Antigüedad.

El mito del coloso, además, perdurará en el tiempo hasta el período Edo. Por ejemplo, en la obra *Ōu kanseki monrō shi*, descripción topográfica del feudo de Sendai redactada por el erudito confuciano Sakuma Dōgan (1653-1736), al explicar el condado de Uda en la provincia de Iwashiro, se recoge la siguiente noticia:

En la aldea de Shinchi hay un caserío llamado la “mansión del conchero [*kaizuka-yashiki*]”. En la Antigüedad [*ōsekī*], había una deidad viviendo en la montaña de Karō en Igu a la que le gustaban los moluscos, que comía todos los días. Sus piernas eran extraordinariamente largas, y con frecuencia extendía sus largos brazos desde la cima de la montaña hasta alcanzar el mar y atrapar miles de moluscos. Después se los comía y tiraba las cáscaras en el mismo lugar, que se acumularon como si fuesen una colina. La gente del lugar le llama la “divinidad de los brazos largos” [*tenaga-myōjin*], y al lugar donde se acumularon los restos, “conchero” [*kaizuka*]. Los restos de los moluscos todavía se conservan allí²². (t. del a.)

El conchero de Shinchi (prefectura de Fukushima), nombre por el que se le conoce en la actualidad, fue excavado por primera vez por Wakabayashi Katsukuni (1862-1904) en 1890, llamando desde entonces la atención de los especialistas japoneses por la abundancia de cerámica, figuras de arcilla *dogū* y útiles de piedra²³. En décadas posteriores se repetirían las investigaciones sobre el terreno, siendo especialmente relevantes los trabajos realizados por Yamanouchi Sugao (1902-1970) en 1924, que permitieron situar el conchero en la fase tardía de la cultura Jōmon²⁴.

Por otra parte, es interesante advertir que el término empleado para designar a la entidad responsable de la formación del depósito de conchas no es simplemente “gigante” (*ōhito*), sino “divinidad de los brazos largos” (*Tenaga-myōjin*). Este nombre ha sido puesto en relación con Tenaga y Ashinaga, míticos seres cuyas extremidades eran especialmente largas y que protagonizan diferentes historias y leyendas dentro del folklore de la región de Tōhoku²⁵. Además, en la región de Nagano existen los santuarios de Tenaga y Ashinaga, en donde se rinde culto a Tenazuchi y Ashinazuchi²⁶. Esta pareja de divinidades son los progenitores de la princesa Kushinadahime, quien se casó con Susanoo tras acabar éste con la serpiente-dragón de ocho cabezas Yamata no Orochi en Izumo.

Además, junto a *ōhito* y *Tenaga-myōjin*, un análisis exhaustivo de fuentes premodernas permite localizar otros nombres empleados en la literatura para designar a entidades similares, como *Daidarabotchi* (y sus derivados *Daitabōshi*, *Daidarabo*, *Dadabo*, etc.), *Yurikawa-daijin* y *Yagōrodon* (también *Ōhitoyagorō*, *Yagorōsama*, etc.). Ello indica que el mito del gigante se hallaba extendido por todo Japón desde una época temprana²⁷.

4. Flechas caídas del cielo: los útiles líticos de la cultura Jōmon

Junto a los concheros y los *dōtaku*, existe un tercer elemento prehistórico cuyo hallazgo fortuito originó sentimientos de desconcierto, miedo y extrañeza entre los japoneses de la Antigüedad: las puntas de flecha de la cultura Jōmon.

El ya citado *Shoku Nihongi*, en su sección del sexto año de la era Jōwa (839), recoge que, después de unas lluvias torrenciales acompañadas por relámpagos y truenos, fueron hallados varios objetos de piedra parecidos a “puntas de flecha” (*yajiri*) y “alabardas” (*hoko*) en el condado de Tagawa de la provincia de Dewa²⁸. Las piedras eran de color blanco, negro, azul y rojo y, al preguntar a los ancianos del lugar, respondieron que nunca habían visto nada parecido. El gobernador de la provincia decidió entonces enviarlas al emperador Nintyō (810-850), y en la corte, temiendo que fuesen el signo premonitorio de alguna “calamidad” (*wazawai*), se promulgó un edicto imperial ordenando cumplir la “ley de Buda” y realizar ofrendas a los *kami*. Sin embargo, poco después volvieron a encontrarse objetos similares, lo que obligó al gobernador provincial a repetir las ofrendas religiosas y reforzar la seguridad del territorio. Tagawa se corresponde con el actual condado de Akumi, ubicado en el noroeste de la actual prefectura de Akita, y alberga el santuario de Chōkaisan-Ōmonoimi, en donde el gobernador ofreció una varita *nusa* a las divinidades shintō a las que allí se rinde culto, pero, además, en las cercanías se han localizado diferentes yacimientos de la cultura Jōmon, como Kamiyada (literalmente, “campo de flechas divinas”) por lo que el descubrimiento de las puntas de flecha no parece haber sido casual²⁹.

Esta referencia en el *Shoku Nihongi* constituye la información más antigua alusiva al descubrimiento de puntas de flecha prehistóricas en un contexto histórico, aunque textos de la misma índole serían visibles

²² 新地村中有農家、曰貝塚屋 往昔有神、平日居伊具鹿狼山、好食貝子、臂肘甚長、屢伸長臂于山巔而撮数千貝子、於東溟中嚼其子而棄殼於茲地、委積如丘、鄉人稱其神、而謂之手長明神、委殼之地謂貝塚、其朽貝腐殼如今猶存在焉。 (en Nakaya 1935, 32).

²³ Wakabayashi 1890, 104-108; 1892, 130-131.

²⁴ Yamanouchi 1924, 212-216.

²⁵ Murakami (ed.) 2000, 228-229.

²⁶ Ōwa 2009, 50.

²⁷ Nakaya 1935, 28.

²⁸ 乙丑出羽国言、去八月廿九日、管田川郡司解僕、此郡西濱達府之程五十余里、本自無石、而從月三日霖雨無止、雷電鬪聲、經十餘日乃見晴天、時向海畔自然隕石其數不少、或似鎌或似鋒、或白或黑或青或赤、凡厥狀体銳皆向西、茎則向東、詢于故老所未曾見、國司商量、此濱沙地、而徑寸之石。自古無有、仍上言者 其所進上兵家之石鎌十枚、收之外記局、勅日、陸奥出羽并太宰府等、若有機變隨宜行之、且以上言、充制權變令禦不虞、又轉禍為福、佛神是先宜修法奉幣。 (en Teshigawara 1995, 3, anexo).

²⁹ Saitō 1974, 2.

poco después en otras fuentes. Por ejemplo, el *Sandai Jitsuryoku* menciona el hallazgo de artefactos similares en tres ocasiones (años 884, 885 y 886) en la misma región y en las mismas circunstancias climáticas, indicando que del cielo “lloraron” puntas de flecha³⁰. Como Teshigawara señala, en lo posterior las noticias sobre el descubrimiento de útiles líticos desaparecen del registro histórico, probablemente como consecuencia del declive gradual del poder imperial y la cancelación del género de las historias nacionales³¹. Sin embargo, parece que a los útiles líticos descubiertos de este modo se les empezó a atribuir un carácter mágico. Por ejemplo, se sabe que las puntas de flecha eran introducidas en bolsitas a modo de *omamori* o amuletos protectores, otorgándoles un efecto apotropaico o benefactor³².

Tras ocho siglos en los que no es posible leer más menciones sobre descubrimientos de este tipo, la información sobre el hallazgo de útiles líticos vuelve a aparecer en la literatura del período Edo. En primer lugar, puede citarse la figura de Terajima Ryōan (Shōjun), médico asentado en la ciudad de Osaka en la segunda mitad del siglo XVII y principios del XVIII, y célebre por su obra *Wakan Sansai Zue*. Completada en el año 1712, está compuesta por 105 volúmenes, que recogen conocimientos de diversos campos y conforman un verdadero diccionario enciclopédico siguiendo el modelo de la *Sancai Tuhui* (1609) publicada en la China Ming.

En la sección dedicada a las “hachas del relámpago” (*kaminari no masakari*), Terajima relata así las características de las puntas de flecha halladas en Tōhoku:

En las tierras del norte, como Iimori-zuka en Ushū, Tori-no-umiyama en Ōshū, Kashima y Sado en Jōshū, hay gente que las recoge. Popularmente se les llama las flechas de los *tengu* [*tengu no yajirī*]. Su forma es completamente como la de una punta de flecha, miden tres o cuatro pulgadas, y son de un color negro violáceo. Ni son de metal ni son de piedra, y no se las puede rebajar con una espada. Son objetos extraños, y la gente los emplea como cuchillos y empuñaduras. Un tipo de ellas se parecen a una cuña y popularmente se les llama las hachas de los *tengu* [*tengu no masakari*], pero en realidad no se parecen a un hacha. Yo las he visto³³. (t. del a.)

El texto de Terajima permite saber que las puntas de flecha, junto a otras categorías de útiles líticos pertenecientes a la cultura Jōmon, habían sido asociadas por los habitantes del norte de Japón a los *tengu*, criaturas míticas con forma de pájaro humanizado. Pero Terajima, además, recoge otra tradición oral diferente en torno a estos artefactos:

En las regiones boscosas de la provincia de Ōu, al norte, se producen de forma imprevista las batallas divinas [*kami ikusa*]. Se desatan entonces tormentas y la tierra tiembla. Los aldeanos entonan cánticos triunfales en apoyo de los *kami*, y esperan a que los vientos se calmen. Entonces buscan las piedras bajo los árboles. Las hachas de los relámpagos y las cuñas de los relámpagos son el mismo tipo de objeto, pero su forma es diferente. En realidad, no son objetos que los relámpagos hayan llevado hasta allí. Todavía no he oído que existan en Kinai y las provincias del oeste, pero en las oscuras y frías tierras del norte se encuentran de vez en cuando. Este es un misterio del cielo y de la tierra, y no es el único que no puede ser explicado sin un buen motivo. La noche del vigésimo día del sexto mes del año Genroku 6 [1701], hubo una violenta tormenta sobre la capital y cientos de rayos cayeron sobre las casas; sin embargo, no se ha encontrado ninguna piedra o cuña³⁴. (t. del a.)

La leyenda de las “batallas divinas”, o *kami ikusa*, también sería recogida por eruditos como Amano Sadakage (1663-1733), Tanaka Kien (1782-1846) o Kurata Shigeki (1798-1853)³⁵, y muestra cómo la inexistencia de paralelos culturales que permitieran explicar el origen y la función de las herramientas prehistóricas que no habían sido elaboradas con metal condujo hacia explicaciones de carácter sobrenatural o sobrehumano.

Por cierto, durante el siglo XVI, se introdujo por primera vez en Japón el conocimiento de las ciencias naturales europeas al amparo de las actividades misioneras cristianas. Por ejemplo, el sacerdote jesuita Cristóvão Ferreira (1580-1650), quien apostató del cristianismo y permaneció en el país asiático hasta su muerte, escribió en japonés tratados de astronomía y medicina bajo el nombre de Sawano Chūan. Y aunque la religión de los *nanban* –portugueses y castellanos– así como su entrada en Japón, fue prohibida en el siglo XVII, el establecimiento de la casa de comercio holandesa de Dejima en Nagasaki permitió que el flujo de conocimiento no se viese interrumpido. Por ello, los nuevos saberes se extendieron gradualmente no sólo entre eruditos, letreados y aquellos que tenían un contacto directo con los extranjeros, sino también entre los estamentos populares³⁶.

Estimulada por el saber occidental, desde el siglo XVII surgió en Japón una corriente racionalista que intentaba explicar los útiles de piedra como resultado de la acción de fenómenos naturales. Uno de los primeros eruditos que planteó esta posibilidad fue el geógrafo y astrónomo Nishikawa Joken (1648-1724), quien en su obra *Kaii bendant* (1715) sostuvo que las piedras con forma de punta de flecha o hacha eran el resultado del impacto de relámpagos sobre el suelo terrestre y la condensación de la energía eléctrica. Opiniones

³⁰ Nakaya 1935, 45-46.

³¹ Teshigawara 1995, 14.

³² Saitō 1974, 3.

³³ 按羽州飯盛塚、奥州鳥海山、常州鹿島、及佐渡等之北地干今有拾取者、俗謂之天狗鎌、共形恰如鎌、而長三西寸、紫黑色非鐵非石、不能刀削奇物也、以爲刀櫛目貫 一種有似楔者、俗謂之天狗斧、而不似斧也、予求見之。 (Terajima 1901 [1712], p. 43).

³⁴ 蓋北國奧羽之山林、不時有神軍暴風震動。則村民為作凱歌、以為神之加勢、而候風雲之止、至樹下覓得之、所謂雷斧雷楔此同物異形也、實此非雷所攜之物也。未嘗聞內近国有之。北國冥地間有之、天地靈微之妙不可誣者。唯此不一耳、元祿辛巳六月二十日曉京師雷雨民屋處々雷墮凡數百有餘、而斧楔之類嘗不有之。 (Terajima 1901 [1712], p. 43).

³⁵ Miyamoto 1912, 407-498.

³⁶ Miura 2009, 205.

similares fueron defendidas también por Kojima Fukyū (Masanaga) (1690-1735) en su obra *Heishoku wakumon chin* (también conocida como *Tenchi wakumon chin* o *Wakumon chin*) (1730) y por Gotō Rishun (1696-1771) en su obra *Shinrai ki* (1767). Mientras, Izawa Nagahide (1668-1731) en la obra *Kōeki zokusetsu ben* (1715) rechazaba la acción de los rayos, pero creía igualmente que los útiles líticos debían ser piedras de origen natural, que eran arrastradas a la superficie por lluvias torrenciales. Estas teorías no fueron de ningún modo exclusivas del pensamiento japonés, y es posible observar explicaciones similares en China y Europa³⁷.

Sin embargo, junto a estas interpretaciones también es posible observar a principios del siglo XVIII las primeras hipótesis que atribuyen las puntas de flecha y otros útiles líticos a la mano del ser humano. Probablemente el precursor de esta teoría sea el erudito confuciano Arai Hakuseki (1657-1725), quien, en una misiva de agradecimiento dirigida a Sakuma Dōgan (1653-1736) por haberle enviado varias puntas de flecha desde Sendai, expone hacia 1725 que las puntas no eran artefactos naturales, sino obra de los *mishihase*. Los *mishihase* (o *ashihase*) son un pueblo de origen desconocido, que, según el *Nihon Shoki* y otras crónicas, protagonizó algunas incursiones o razias en las costas de Japón hacia los siglos VI y VII. Arai era conocedor de que las puntas aparecían principalmente en el Japón Oriental, y dedujo que los *mishihase* se correspondían con los *sùshèn* (*tsukushin* en japonés) de las crónicas chinas, un pueblo que había habitado Manchuria en la Antigüedad³⁸.

Por otra parte, a mediados del período Edo, la estabilidad política y económica creada por el régimen Tokugawa había permitido la formación de una sólida clase burguesa dedicada al comercio, entre cuyos miembros también surgió un inusitado interés hacia minerales y rocas de colores y formas llamativas, incluyendo los útiles de piedra. En este contexto, los coleccionistas, o “amantes de las piedras” (*aisekika*) como se les llamaba popularmente, comenzaron a reunirse de forma periódica por todo el país, intercambiando piezas e información. Dentro de estos círculos, en cierto sentido equiparables al anticuarismo científico europeo, adquirió gran prestigio la figura de Kiuchi Sekitei (1725-1808), del que se dice que llegó a atesorar una colección formada por más de mil puntas de flecha. Según Matsuoka Joan (Gentatsu) (1668-1746), los habitantes de Ezo, la actual Hokkaidō, cazaban gansos salvajes con flechas cuyas puntas eran de piedra, pero algunas aves consiguieron cruzar el estrecho de Tsugaru y alcanzar tierras meridionales³⁹. Siguiendo esta opinión, Kiuchi declaró que las puntas descubiertas en Tōhoku debían pertenecer a los nativos de la isla, esto es, los *ainu*. Esta teoría fue desarrollada en el tercer volumen de su obra *Unkonshi*, publicada en 1801, y proporcionaría un salto cualitativo en la interpretación de los útiles de piedra, rechazando no sólo las leyendas y mitos de carácter sobrenatural respecto a su origen, sino también las interpretaciones procedentes de las ciencias naturales⁴⁰. De esta forma sentó un importante precedente para el debate sobre la identidad de los habitantes de la Edad de Piedra en Japón, que se desarrollaría activamente a partir del período Meiji con la introducción de la arqueología moderna en el país.

Conclusión

A lo largo de estas líneas se ha analizado cómo los japoneses, desde la Antigüedad hasta el período Edo, interpretaron lo que hoy llamamos artefactos y yacimientos arqueológicos pertenecientes a culturas prehistóricas.

Las respuestas y reacciones frente a estos elementos no tuvieron un carácter homogéneo. En primer lugar, puede observarse cómo las características materiales y formales de estos elementos originaron lecturas divergentes: los *dōtaku* de la cultura Yayoi, que requerían una compleja tecnología metalúrgica para su elaboración, fueron considerados un objeto creado por el ser humano; frente a ellos, los utensilios de piedra de la cultura Jōmon se ubicaban más allá de la comprensión de los habitantes de las islas, que los relacionaron primero con entidades no humanas, ya fuesen divinidades o seres que habitaban el mismo plano que los humanos, y más tarde con fenómenos naturales como los rayos. Mientras, los concheros, que cubrían extensas superficies y eran visibles a primera vista, también fueron explicados como resultado de la acción de seres sobrenaturales de dimensiones colosales.

Por otra parte, es interesante observar cómo los *dōtaku*, descubiertos en el subsuelo durante la construcción de templos budistas, y los concheros fueron igualmente ubicados en una dimensión pasada con respecto al espacio-tiempo de sus descubridores, reflejándose esto en el empleo de términos como *jōko* u *ōseki*. Y si bien algún erudito como Tamura Sansei (1734-1806) llegó a proponer que los utensilios líticos debían haber precedido a los utensilios de metal a finales del siglo XVIII⁴¹, la idea de un período de tiempo en la historia humana durante el cual la piedra había constituido la principal materia prima para la elaboración de herramientas no surge en Japón hasta la introducción de la arqueología moderna en el período Meiji. Esta falta de familiaridad con el utensilio lítico provocó que, una vez que habían sido reconocidos como objetos de origen humano, fuesen atribuidos a pueblos ubicados en el exterior de Japón. Y este hecho tendría una influencia determinante en los primeros debates que se produjeron en el mundo de la arqueología moderna sobre los primitivos pobladores del archipiélago a partir de 1868, marcando una línea de continuidad entre el pensamiento anticuario y el nuevo conocimiento académico.

³⁷ Teshigawara 1995, 17-18.

³⁸ Teshigawara 1995, 18-19.

³⁹ Saitō 1974, 25.

⁴⁰ Teshigawara 1995, 20-21.

⁴¹ Teshigawara 1995, 20.

Bibliografía

- Fusō ryakki o yomu kai (ed.) (2021): *Fusō ryakki no kenkyū*. Tokio: Shintensha.
- Ishibashi, S. (2010): “Dōtaku to jiin –shutsudogo no atsuikaite ni kanshite”, *Chiba daigaku jinbun shakaigaku kenkyū*, 21, pp. 219–232.
- Iwanaga, S. (2002): “Dōtaku”. En Tanaka, M. y Sahara, M. (eds.), *Nihon kōkogaku jiten*. Tokio: Sanseidō.
- Kokuyōseki taiken myūjiamu ed. (2018): *Kokuyōseki no gensanchi o saguru. Takayama iseki gun*. Tokio: Shinsensha.
- Miura, K. (2009): “Nihon ga juyō shita seiyō kagaku –seiyō kagaku no hensen to edo jidai ni okeru sono juyō ni tsuite”, Ochanomizu joshi daigaku daigakuin ningen bunka sōsei kagaku kenkyūka (ed.), *Daigakuin kyōiku kaikaku shien puroguramu nihon bunka kenkyū no kokusai jōhō dentatsu sisutemu no ikusei katsudo hōkokusho*. Tokio: Ochanomizu daigaku.
- Miyamoto, K. (1912): “Sekizoku to kami ikusa”, *Tokyo jinruigakkai zasshi* 28 (7), pp. 407-408.
- Murakami, K. (2000): *Yōkai jiten*. Tokio: Mainichi shinbunsha.
- Nakaya, J. (1935): *Nihon senshigaku joshi*. Tokio: Iwanami shoten.
- Nishinomiya, N. (1839): *Hitachi no kuni fudoki*. Edo: Izumiya kin Uenmon.
- Ōtsuka, H. et al. (eds.) (1995): *Nihon kodai iseki jiten*. Tokio: Yoshikawa Hirobumi kan.
- Ōwa, I. (2009): *Jinja to kodai minkan saishi*. Tokio: Hakusuisha.
- Saitō, T. (1974): *Nihon kokogaku shi*. Tokio: Yoshikawa Hirobumi kan.
- Terajima, R. (ed.) (1901): *Wakan sanzai zue*. Tokio: Chugai shuppansha.
- Teshigawara, A. (1995): *Nihon kōkogaku no ayumi*. Tokio: Meicho shuppan.
- Trigger, B. (1990): *A History of Archaeological Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Umezawa, J. (1958): “Kenkyū shiryō Kyōto kokuritsu hakubutsukan zō Ishiyama-dera eshi”, *Bijutsu kenkyū*, 226, pp. 24-40 (184-200).
- Wakabayashi, (1890): “Iwaki no kuni uta-gun shinchi-imura kaiduka hakkutsu no hanahi”, *Tōkyō jinruigakkai zasshi*, 6 (57), pp. 148-151.
- Yamanouchi, S. (1924): “Iwaki no kuni shinchi-mura ogawa kaizuka hakkutsu ryakki”, *Jinruigaku zasshi*, 39 (4-6), pp. 212-216.
- Yoshida, T. (1889): “Kaizuka jinshu to shokushinjin oyobi kyojin”, *Tokyo jinruigakkai zasshi*, 4 (35), pp. 148-151.